

# EL DESCONOCIDO... Y EL DESPRECIADO

Un día Jesucristo, en una de sus expansiones de tristeza y amor, preguntó a sus discípulos: «¿Creéis que cuando el Hijo del hombre vuelva a la tierra hallará en ella todavía la fe?». Palabras pronunciadas por el Divino Salvador, con voz severa y triste, que encerraban para El tantos dolores, y para nosotros otras tantas lecciones, tan solemnes y terribles. ¿Qué pensaría Jesús entonces y ahora, cuando sus Sagradas Imágenes pasan por las calles de nuestras ciudades, ante la ignorancia, el desdén y el desprecio de muchos, que con una gran indiferencia le contemplan doliente y muerto en la Cruz; no encontraré un recuerdo de tantos milagros, de la hoguera ardiente que brota de mi corazón, llena de abnegación y amor, y una lágrima por tantos padecimientos y muerte tan cruel?

El gran orador católico Montalembert, glosando y recordando las palabras de Jesús, decía: «Si hubo una época de la historia del mundo que estuviera especialmente presente a la Divina previsión de Jesucristo fue ciertamente aquella en la cual languidece nuestra vida, época fúnebre y desalentadora, en que la fe aparece por todas partes muerta o moribunda, en que ese cemento sagrado cae por todas partes, y deja sin apoyo y sin belleza los fáciles edificios de los hombres».

Esta queja melancólica, y cada día más angustiada, es debida a la apatía religiosa, que hace sin cesar nuevos progresos y recluta crecientes adhesiones, siendo la causa de tanta indiferencia hacia la persona de JESUCRISTO.

La apatía religiosa de nuestro tiempo se manifiesta de dos modos: Hay unos hombres que no se cuidan de aumentar sus conocimientos religiosos; y hay otros que no hacen nada para armonizar su vida y su fe.

Hermosa lección nos da, para los hombres del primer grupo, el General Lamoricière, que habiendo aceptado el mando del ejército del Papa, hablaba con Pío IX, y en el curso de la conversación, habiéndole citado el Soberano Pontífice un texto de San Agustín, el general acabó la cita, y lo mismo hizo con otro texto de San Ireneo. Asombrado el Papa, preguntóle: «Pero, general, ¿en dónde habéis estudiado los Santos Padres? —«En medio de los campos de batalla», respondió Lamoricière—. No siempre se bate uno, yo consagraba mis días de descanso a esa lectura, que siempre tuvo para mí los mayores atractivos». La verdad religiosa ha sido siempre buscada ávidamente por todas las grandes almas.

En cuanto a los segundos, cuya vida no está en armonía con su fe y su vida, encontramos hombres que conocen a Jesucristo, que han estudiado su vida, que han medido las proporciones de ese Coloso Divino, que están llenos de admiración por su persona, y de alabanzas por sus obras, que saben que fuera de la fe y del Evangelio no hay más que incertidumbre en los espíritus y anarquía en las costumbres y que repiten las palabras de Juan Jacobo Rousseau: «Si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesús son de un Dios».